

Historia 28—Testigos

Al atardecer del día de la resurrección, dos de los discípulos iban de camino a Emaús, una pequeña aldea a ocho millas de Jerusalén. Estaban perplejos por los acontecimientos que habían tenido lugar recientemente, y especialmente por los informes de las mujeres que habían visto a los ángeles y se habían encontrado con Jesús después de su resurrección. Ahora regresaban a su hogar para meditar y orar, con la esperanza de obtener alguna luz respecto a aquellos asuntos que les eran tan oscuros. Mientras caminaban, un extraño se les acercó y fue con ellos; pero estaban tan absortos en su conversación que apenas notaron su presencia. Estos hombres fuertes estaban tan abrumados por el dolor que lloraban mientras caminaban. El compasivo corazón de amor de Cristo vio aquí una pena que Él podía consolar. Disfrazado como un extraño, comenzó a hablar con ellos. «Pero los ojos de ellos estaban velados para que no le conocieran. Y les dijo:

«¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y estáis tristes?

«Y respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le dijo:

«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?

«Entonces Él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: Acerca de Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo» (Lucas 24:16-19).

Luego le contaron lo que había sucedido y repitieron el informe traído por las mujeres que habían estado en el sepulcro temprano esa misma mañana. Entonces Él dijo:

«¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria?

«Y comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían» (Lucas 24:25-27).

Los discípulos guardaron silencio por el asombro y el deleite. No se atrevieron a preguntar al extraño quién era. Escucharon con avidez mientras les explicaba la misión de Cristo. Si el Salvador se hubiera dado a conocer primero a los discípulos, ellos se habrían sentido satisfechos. En la plenitud de su gozo no habrían deseado nada más. Pero era necesario que comprendieran cómo su misión había sido predicha por todos los tipos y profecías del Antiguo Testamento. Sobre estos debía establecerse su fe. Cristo no realizó ningún milagro para convencerlos, sino que su primera obra fue explicar las Escrituras. Ellos habían considerado su muerte como la destrucción de todas sus esperanzas. Ahora Él les mostró por medio de los profetas que esto era la evidencia más fuerte para su fe.

Al enseñar a estos discípulos, Cristo mostró la importancia del Antiguo Testamento como testigo de su misión. Muchos rechazan ahora el Antiguo Testamento, afirmando que ya no es de ninguna utilidad. Pero tal no es la enseñanza de Cristo. Tan alto lo valoró Él, que en una ocasión dijo: «Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos» (Lucas 16:31).

Cuando el sol se ponía, los discípulos llegaron a su hogar. Jesús «hizo como que iba más lejos». Pero los discípulos no pudieron soportar separarse de Aquel que les había traído tanto gozo y esperanza. Entonces le dijeron: «Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya declina. Y entró para quedarse con ellos» (Lucas 24:28, 29).

La sencilla cena estuvo pronto lista, y Cristo ocupó su lugar a la cabecera de la mesa, como era su costumbre. Por lo general, era el deber del cabeza de familia pedir una bendición sobre los alimentos; pero Cristo puso sus manos sobre el pan y lo bendijo. Y los ojos de los discípulos fueron abiertos.

El acto de bendecir el alimento, el sonido de la ahora familiar voz, las marcas de los clavos en sus manos, todo lo proclamaba como su amado Maestro. Por un momento se sentaron hechizados; luego se levantaron para postrarse a sus pies y adorarle; pero Él desapareció repentinamente.

En su gozo olvidaron el hambre y el cansancio. Dejaron la comida sin probar y se apresuraron a regresar a Jerusalén con el precioso mensaje de un Salvador resucitado.

Mientras relataban estas cosas a los discípulos, Cristo mismo se puso en medio de ellos y, con las manos levantadas en bendición, dijo: «Paz a vosotros» (Lucas 24:36).

Al principio se asustaron; pero cuando les mostró las marcas de los clavos en sus manos y en sus pies, y comió delante de ellos, creyeron y fueron consolados. La fe y el gozo ocuparon ahora el lugar de la incredulidad, y con sentimientos que ninguna palabra podía expresar, reconocieron a su Salvador resucitado.

En esta reunión, Tomás no estaba con ellos. Se negó a creer los informes respecto a la resurrección. Pero después de ocho días Jesús se apareció a los discípulos cuando Tomás estaba presente. En esta ocasión les mostró nuevamente en sus manos y en sus pies las marcas de la crucifixión. Tomás quedó convencido al instante y exclamó: «¡Señor mío, y Dios mío!» (Juan 20:28).

En el aposento alto, Cristo explicó nuevamente las Escrituras concernientes a sí mismo. Luego dijo a sus discípulos que el arrepentimiento y el perdón de los pecados debían predicarse en su nombre entre todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.

Antes de su ascensión al cielo, les dijo: «Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra». «Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Hechos 1:8; Mateo 28:20).

Habéis sido testigos, dijo Él, de mi vida de abnegación en favor del mundo. Habéis visto que a todos los que vienen a mí, confesando sus pecados, los recibo libremente. Todos los que quieran pueden ser reconciliados con Dios y tener vida eterna.

A vosotros, mis discípulos, os encomiendo este mensaje de misericordia. Ha de ser dado a todas las naciones, lenguas y pueblos.

Id hasta la parte más remota del globo habitable; pero sabed que mi presencia estará allí.

La comisión del Salvador a los discípulos incluía a todos los creyentes hasta el fin del tiempo. No todos pueden predicar a congregaciones; pero todos pueden ministrar a individuos. Aquellos ministran quienes reciben al que sufre, quienes ayudan al necesitado, quienes consuelan al afligido y quienes hablan al pecador del amor perdonador de Cristo. Estos son los testigos de Cristo.